

María Zaragoza

DICEN QUE ESTÁS
MUERTA

algaida
eco

La novela *Dicen que estás muerta*, de María Zaragoza, resultó ganadora del XV Premio de Novela Ateneo Joven de Sevilla.

© María Zaragoza, 2010
© Algaida Editores, 2013
Avda. San Francisco Javier 22
41018 Sevilla
Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54
e-mail: algaida@algaida.es
Composición: Grupo Anaya
ISBN: 978-84-9877-863-2
Depósito legal: SE-4587-2012
Impresión: Huertas, A. G.
Impreso en España-Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ÍNDICE

Plaza del Humilladero	13
Plaza del Dos de Mayo	31
Paseo de las Delicias	45
D.F. (Méjico).	51
Calle San Hermenegildo	57
D.F. (Méjico).	65
Lavapiés	79
Velázquez	85
Cava Baja	95
San Bernardo	107
Lugar indeterminado de Madrid	115
Calle de la Manzana	119
Calle Zorrilla	127
Calle del Espíritu santo	135
D.F. (Méjico)	141
El alma...	147
Casa Federica	153
Conde de Xiquena	161
Calle de los Madrazo	173
D.F. (Méjico).	179
Calle Manuela Malasaña	187
Metro de Madrid, trayecto Tribunal-Pacífico	193
Calle de La Palma	203
Jesús y María	211
Casa Federica	223
Montera	229

D.F. (Méjico)	239
Calle San Hermenegildo	245
Guzman El Bueno	255
Ese lugar como cualquier otro	259
Casa Federica	267
El alma se pasea...	273
Calle del Pez	281
Aeropuerto Internacional Benito Juárez. Ciudad de Méjico, D. F., Méjico	289
Tirso de Molina	295
Calle Sombrerete	303
Plaza Barceló	317
Pacífico	329
Calle de Santa Cruz de Marcenado	339
Calle de Santa Cruz de Marcenado (segunda parte)	349
Calle del Conde de Aranda	359
Madrid I	367
Antón Martín	375
Plaza de Chueca	385
Calle Santa Isabel	393
Puerta de Moros	403
Casa de Campo	413
El alma se pasea por las galerías del centro pe- nitenciario	423
Playa de la Barceloneta	433
Templo de Debod	441
Calle de Gaztambide	453
Calle de las Infantas	465
Aeropuerto Madrid-Barajas	475
Calle del Amparo	487

A Thierry, Juan y la gente de la tertulia (en especial a Antonio y Ana), por haberme empujado sin saberlo a construir esta historia que trato de contar de la mejor forma posible.

A Maxime, que me inspiró estas páginas y una clase de amor nuevo y egoísta del que ni él fue capaz de participar al principio.

Al salir del bar, y después de hacer mi visita nocturna a la pensión, sobre la plaza del Once, contemplaba aún el gran cartel que anuncia los fideos Santa Catalina, y aunque no recordaba quién había sido Santa Catalina, no me parecía difícil que hubiese sufrido martirio, ya que el martirio fue siempre el fin casi profesional de los santos; y entonces no podía dejar de meditar sobre esa característica de la existencia humana consistente en que un crucificado o un desollado vivo con el tiempo se convierte en una marca de fideos o de conservas en lata.

ERNESTO SÁBATO
Sobre héroes y tumbas

*Dicen que estás muerta.
Las calles desiertas del olvido
nunca sabrán que sigo el rastro de tu amor...*

JAIME URRUTIA, BUNBURI, LOQUILLO
Y ANDRÉS CALAMARO
¿Dónde estás?

PLAZA DEL HUMILLADERO

MÁS TARDE SANSPRÉNOM RECORDARÍA LOS hechos que acontecieron antes del hallazgo como se recuerdan fragmentos de cristal tras saber que el vaso se rompería, como si lo que cronológicamente tuviera su espacio después, aconteciese al mismo tiempo antes, reflejando el futuro en pequeños pedazos.

Recordaría el restaurante y la mano de Paula, tan blanca dentro del guante y tan pequeña que apenas cogía la servilleta con toda la palma y aún sobraba servilleta, la hora oscura en la que habían salido de Angelika de ver una de Tarkovski con hambre y consultar la guía de Madrid, como si no llevasen viviendo allí años, para saber qué restaurante podría estar abierto a aquellas horas. Sentiría de nuevo el viento suave y primaveral que invitaba a chaqueta ligera y a terraza y lo interpretaría como una señal de que algo no iba bien, como si el destino estuviese anunciando una desgracia y casi al revelar el significado de los signos se retractase y de nuevo Paula y él riendo como solían, camino del restaurante semioculto,

apenas lleno, con olor a cebolla y a *wok*. Ahora piensa, con las manos temblorosas del que se ha sabido en cierto modo objeto del juego o premio o castigo, que podría haberse interpuesto entre Paula y el cuchillo, pero que no lo hizo. Y mira al comisario de policía de cara amistosa y ancha en todo parecida a la de Marlon Brando en aquella película con Jane Fonda y Robert Redford, como pidiendo su perdón inútil o su comprensión.

—¿Quiere un café?

—Sí, por favor. Solo, con mucho azúcar.

—Mandaré que se lo traigan. ¿Está usted bien?

—No, en realidad no. Llevo varias noches sin dormir y no sé cómo voy a acabar con esta pesadilla.

—Ya ha pasado lo peor. Su declaración ha sido del todo satisfactoria y el resto déjenoslo a nosotros. Lo demás es nuestro trabajo. Comprenderá que tenemos que comprobar lo que nos dice.

—Por supuesto.

Pero por qué se siente tan angustiado, tan como si hubiese sido él el asesino, el que hubiese levantado el cuchillo para matar dos víctimas de un golpe. Repasa de nuevo los hechos que precedieron al hallazgo. Todo parece normal, una noche de primavera ni fría ni calurosa, salir de casa para ver la película de Tarkovski en Angelika, pero ya ni siquiera recuerda la película que era, quizá un café con un trozo de tarta de queso mientras la miraban, nada lo suficientemente ali-

menticio como para que no surgiera el hambre al terminar, la búsqueda del restaurante que cerrase cocina tarde, aquel sitio que parecía clandestino y en el que daban de comer toda clase de comida oriental sin ningún tipo de distinciones, un lugar en el que lo mismo era Tailandia que la India que China que Japón, como si cualquier cosa que resultase exótica para el paladar pudiese tener su espacio. Los camareros, sin embargo, eran árabes.

Pero quizá todo esto empezó antes, cuando conoció a Marga aquel año en el que él llevaba a rastras dos asignaturas de la universidad y ella estaba becada en su ciudad gracias a sus notas. Sí, puede ser que empezase ya entonces, con Marga vestida con ropa cara y peinada de peluquería incluso cuando no venía a cuento (después, en ese doloroso después consecutivo descubriría que todo lo que a ella le importaba era eso, vestir ropa cara, poderse peinar siempre en la peluquería, medrar en su carrera, llevar a alguien del brazo de quién poder presumir) y con él enamorándose de su forma de caminar, de suspirar, de coger las cosas con las puntas de los dedos. Años más tarde Paula se sentiría aliviada al comprobar que era fea en una fotografía de las muchas que se hicieron juntos, pero entonces a él le pareció la mujer más guapa del mundo. Quizá empezó con la fiebre y la persecución, los meses buscando el encuentro casual en los pasillos, las conversaciones

vacías de significado cuando lograba interceptarla, tan alta, tan rubia, tan pálida, tan como a él se le había antojado que debía gustarle una mujer (aunque Paula le señalaría con acierto que nunca se fijaba en las mujeres de ese tipo, flacas, blancas y huesudas, que por lo general se le iban los ojos tras las morenas con muchas curvas, incluso un tanto llenitas y que no podía entender el desespero con que se fue tras Marga hasta que la consiguió meter en un ni contigo ni sin ti tienen mis males remedio que le pareció lo bastante satisfactorio). Marga le dio largas durante meses, pero cuando él se cansaba y desaparecía un tiempo, era ella la que lo buscaba con cualquier pretexto hasta que de nuevo él como un perro faldero y ella con el poder absoluto en sus manos. Lamenta con todas sus fuerzas haber metido a Paula en esa espiral. Poder era lo único que Marga necesitaba y justamente era eso lo que Paula no podía soportar. Le contó con todo lujo de detalles cómo Marga lo manejó hasta que él la siguió a España con una especie de locura metida en la sangre y Paula torció la boca con disgusto.

—No puedo entender que cogieras semejante enganche. Pero ni con ella ni con nadie.

No había comprendido entonces el dolor que podía estarle causando a Paula negándole a ella, que tanto se las merecía, las atenciones que le brindó con anterioridad a Marga sin que hubiese hecho merito alguno. Pero es que después de

Marga aprendió a no renunciar a nada por nadie.
Rara vez compensa.

—Aquí tiene su café.

—*Merci*.

—Entonces, ¿me dice usted que ha sido un asesinato pasional?

—Supongo.

—Pero, ¿conocían de algo a aquella señorita?

—A decir verdad de nada, señor. Pero se parecía mucho a alguien, a alguien que conocía muy bien. Diría incluso que era exacta a ella.

—¿A quién?

—A mi anterior pareja, Margarita Ródenas.

—¿Puede darme su dirección?

—La actual no, se marchó del país hace un año y no sé nada de ella. *Mais* puedo darle la de sus padres. No viven muy lejos de mí. En realidad me fui a vivir a la Latina para estar cerca de ella.

—De acuerdo, pero eso me lo tendrá que explicar más despacio.

—Con mucho gusto.

Cualquier cosa con tal de quitarse esa angustia en la que se mezclan las manos de Paula, manos pequeñas, suaves y blancas de acuarelista, manos también capaces de ejecutar. Aprieta los ojos y ve el terrible pasillo de la casa de los padres de Marga, cuando ella decidió presentárselos, las alfombras de lana de colores borrosos, los relojes dorados, las figurillas de porcelana, los sillones Luis XIV, el *horror vacui* de los nuevos ricos de provincias que no

supieron comprar el buen gusto en el lote de la ciudad y los millones. Y se vio a sí mismo comprendiendo el ansia de Marga por no ser como ellos, por llevar el estatus hasta sus últimas consecuencias. Y sobre todo por no perderlo. Entonces sintió una cierta ternura por la inseguridad de su novia. Ahora lo que experimenta es una náusea constante. Marga lo abandonó cuando comprendió que no era ambicioso. Y que si en algún momento llegaba a serlo jamás ambicionarían las mismas cosas, aunque solo fuese porque él siempre había sabido lo que era ser rico y por eso no lo valoraba. Paula comiendo sushi con unos palillos labrados de aspecto antiguo y hasta valioso (aunque es más que probable que fuesen una buena imitación en plástico de unos de marfil) deja de hablar de pronto de la película de Tarkovski, «no recordaba lo buena que era *Solaris*, en especial si la comparamos con esa mierda con George Clooney», para preguntar cómo lo dejó Marga. Él tarda en contestar. No esperaba esa pregunta de golpe, viniendo de los ojos inquisidores de Paula y de la boca pequeña e interrogante de Paula. La respuesta es simple: lo dejó por otro, uno del que pudiese presumir del brazo. Aunque quizá es más profunda que todo eso: uno que tuviese sus mismas inquietudes y su misma ansia de poder económico y social. A él nada de eso le interesaba. A Paula tampoco. Recuerda que en ese momento

pensó en que si hubiese estado buscando algo opuesto a Marga no hubiera tenido tanta suerte como encontrando a Paula. Desde el físico (curvilíneo, castaño, contundente en el caso de Paula, seco y anguloso en el de Marga) hasta las inquietudes y el código de valores. Por no hablar del carácter. Paula jamás se enfadaba, y si lo hacía tardaba en desenfadarse menos de dos minutos. Marga siempre tenía un reproche en los labios. En el terreno sexual eran caras opuestas de una moneda que ni siquiera se podía saber si era la misma.

—Jugaban a juegos distintos, en ligas distintas y hasta en olimpiadas diferentes, ¿sabe usted? Con Paula todo es naturalidad. Marga era un témpano.

—¿Me quiere usted explicar qué tiene todo esto que ver con el asesinato de la señorita Luján Menéndez?

Pues sí, claro, ¿no es obvio? Luján no hubiera muerto si él, ÉL, se hubiera comportado con lógica, si hubiese sido consecuente con el carácter de Paula y se hubiera limitado a amarla sin hacerse preguntas, sin desarrollar todos los miedos que Marga le había inyectado en la sangre. De acuerdo, eran opuestas por completo, pero, ¿y si Paula mostraba su auténtica cara de repente y se convertía en una loca? ¿Y si de golpe tenía que volver a plantearse si la forma en la que respiraba estaba mal? No podría soportarlo. Además, si se implicaba con Paula podía volver a sufrir, podía volverse

a ver abandonado. Y no sabía si sería capaz de resistirlo.

De modo que el restaurante y Paula comiendo sushi y él cortando un rollito de primavera a las dos de la madrugada y las mesas vacías y los camareros paseando como fantasmas entre las sillas, colocando no se sabía demasiado bien qué.

—¿Por qué preguntas ahora por Marga? Hacía mucho que no hablábamos de ella. Y además no sé si tengo ganas de hablar.

—Porque está ahí sentada —contestó Paula señalando a su espalda con los palillos.

El escalofrío, incluso el estómago levantándose de su lugar y *vaya, yo creía que lo tenía superado pero resulta que me vuelvo del revés cuando me dicen que está cerca. Estupendo.*

—¿Te encuentras bien? Te has puesto pálido.

—Sí... sí, no te preocupes.

Paula parecía divertida.

—Sabía que tarde o temprano este encuentro se daría, pero nunca creí que sería así.

—Me volví despacio. Confieso que por unos segundos yo también creí que aquella mujer, la única persona que había en el local además de nosotros, era Marga.

—Pero no lo era.

—No, era la señorita Menéndez. Aunque, por supuesto, yo no sabía su nombre.

La imagen de aquella mujer flaca y blanca, con el vestido de noche absurdo (Marga nunca supo ves-

tirse para las ocasiones, siempre iba demasiado arreglada) que dejaba la espalda al aire y las puntas agudas de las vértebras a la vista, fumando un cigarrillo detrás de otro, sola en el restaurante, era la imagen de Marga. Aunque no podía serlo. Pronto los detalles como las uñas pintadas de rojo y roídas o que el pelo rubio fuese teñido o más probablemente una peluca. Aquella podía ser la primera Marga, la que conoció en la carrera, pero no la Marga en la que los años y cierta tendencia a la amargura la convirtieron. Aunque experimentó cierto alivio, también una inquietud extraña se apoderó de su mente, como el supersticioso piensa que es una mala señal ver pasar un gato negro. Con el mismo miedo irracional volvió a mirar a Paula y le dijo con una voz que fingía seguridad:

—No es.

—Claro que no, ya lo sabía. Pero no me digas que no se parece.

—Tampoco se parece tanto.

Paula se echó a reír con ganas.

—Debería matarla —dijo—. Sería como una forma de exorcizar a los fantasmas, a ese fantasma en concreto, ¿no? Matar a una desconocida que se pareciese a Marga para ver si así la olvidas de una puñetera vez y me dejas hueco en tu corazón.

—No digas tonterías.

—A ti te parecen tonterías porque vives en el mío. Pero esa mujer te ha hecho tanto daño que

no hay hueco ahí dentro ni para respirar —y sentenció esto último señalando con los palillos al pecho de él.

—Pero tú me gustas mucho.

Siempre se encontraba a sí mismo excusándose de forma infantil cuando Paula decía esas cosas.

—Pero no creo que lo bastante.

Había cierta herida en esa frase, aunque él no lo percibió entonces demasiado ocupado en pensar en aquella aparición. Paula debía preguntarse porqué se habría enamorado tanto de una mujer como Marga y se negaba luego a querer a alguien como ella, que hacía todo lo posible por acoplarse a él, que nunca ponía una pega, que le hacía sentir tan bien consigo mismo.

—¡Ah, el amor! —dice el policía echando un trago largo a su café. Es extraño que le esté dedicando tanto tiempo, pero quizá se aburre—. Nunca queremos lo que se nos ofrece sin más. Tenemos que complicarnos la vida. Así es el hombre, amigo.

—Supongo que sí. Pero esa no es la cuestión, porque ahora, aquí, sé que amo a Paula. Y sin embargo la estoy acusando de asesinato.

—¿Es cierto que ella dijo que debería matar a la mujer del restaurante?

—Sí, pero no me pareció que lo dijese en serio. De hecho luego corrigió.

—¿Se retractó?

—*Mais non*, dijo que debería ser yo el que la asesinara.

Y en esa afirmación había una cierta lógica que hasta él podía seguir vagamente. Porque el fantasma de Marga le pertenecía como nunca la Marga real le había pertenecido. O incluso al contrario: él pertenecía a ese fantasma, porque los miedos, los sobresaltos, la paranoia, el estar a la defensiva... Jamás había sido tan feliz ni había estado tan tranquilo como con Paula, y sin embargo había un límite que no sobrepasaba, un muro de cristal impuesto contra el que Paula chocaba. ¿Amaba a Paula? Quizá sí, y sin embargo ahí se encontraba, acusándola de asesinato. Y la culpa de todo era del fantasma. Todo hubiera sido más fácil si Paula hubiera aparecido en su vida al principio, sin que él llevase una carga a sus espaldas y un miedo. La hubiera llevado a vivir a su casa de La Latina y hubiesen sido felices porque no había nada más fácil en el mundo que ser feliz con Paula. Si su confianza no hubiese estado tan dañada cuando la conoció... pero no, un hombre también es sus heridas, y además Paula lo curó con mimo durante mucho tiempo, hasta que ambos creyeron que no quedaba cicatriz (pero no, Paula sabía que había cicatriz, por eso el restaurante y la señorita Menéndez y la historia del fantasma y lo de matarla).

Jugaron a descubrir la razón por la que una mujer así, además parecía joven, podía estar sola

a esas horas en un restaurante de ese tipo. Y así vestida, al cabo de un rato resultaba obvio que llevaba una peluca. Apenas comía, paseaba la comida por el plato empujándola con los palillos o con un dedo distraído y luego la abandonaba en un rincón, para empezar de nuevo con una empanadilla coreana o una almendra de la salsa del pollo.

—Lo mismo es una espía internacional y ese es su disfraz para confundirse entre la gente.

—Poco discreto, ¿no te parece? Yo creo más bien que es una especie de visión, como la que pueda tener un hombre en mitad del desierto al ver un oasis. Una imagen de otro mundo destinada a volverte loco.

—Pero, ¿qué dices, Paula?

—O... ¿cómo se llama eso? El doble que toda persona tiene en el mundo... *Doppelgänger*, creo. El doble perverso de Marga. Aunque por lo que sé de ella es más bien Marga el doble perverso de esa chica.

Traté de imaginar la vida de aquella muchacha, si es que era cierto que Marga y ella eran dobles la una de la otra, aunque más bien me empezó a obsesionar la idea de que aquella chica era como el doppelgänger del pasado de Marga, cuando yo la conocí. Dicen que ese término puede aplicarse a una muchacha hermosa que guarda un monstruo o una serpiente en su interior. Y a mí me parecía que ambas tenían esa duplicidad en sí mismas, como si la señorita Menéndez (aunque no supie-

ra entonces su nombre) y Marga fuesen por fuera frágiles y hermosas y por dentro estuviesen podridas y fuera venenoso y perjudicial acceder a ellas.

—¿Qué pasó cuando terminaron de cenar?

—Paula pagó la cuenta. Intenté negarme, *parce qu'elle* siempre se organiza mal con el dinero y anda escasa la mayor parte del tiempo. Pero dijo que era una cuestión de principios, que tenía que dejarla hacer penitencia por haberme estado torturando toda la noche con mis recuerdos. Que sabía que no me gustaba recordar.

—¿Volvió a mencionar matar a Luján Menéndez?

—Entonces no, pero cuando estábamos llegando a mi casa lo hizo.

Cogieron la Cava Baja hasta la plaza del Humilladero apoyados el uno en el otro, riendo de sus chistes particulares, esos chistes que da la complicidad y que solo se entienden en una pareja. Él pensaba que nunca se había reído tanto con Marga, quizá porque solo se relajaba cuando había bebido un par de copas, cosa que no era frecuente. Pero Paula hacía todo sencillo. No había que preocuparse por qué se decía o cómo se decía. Era comprensiva, dulce, encantadora y hacía que el mundo pareciera un lugar donde caminar con naturalidad. Sintió por primera vez que la amaba de veras, que no quería separarse de ella, que era lo mejor que le podía haber pasado. Al llegar a la puerta del piso se besaron. Él llevaba las llaves en

la mano y casi las deja caer cuando Paula le dijo:

—Un poco más y me arrepiento de no haberla matado. Ahora nos la vamos a ir encontrando en todas partes.

Él se giró para mirar lo que ella miraba y vio a la mujer de negro, con su peluca rubia, fumando un cigarro contra la verja cerrada de La Exquisita. Intentó sonreírle a Paula, pero fue entonces cuando ella comenzó a comportarse extraño. Dijo que subiera a dormir, que no podía quedarse. Que lo había olvidado, pero que tenía que dormir en casa de su tío Pedro por no sé qué de su madre. A veces se olvidaba de que Paula era mucho menor (no tanto, apenas seis años, pero tenía una familia que de vez en cuando la reclamaba, y esto solía coincidir con las veces en las que la quería solo para él), e incluso en ocasiones como aquella se le transformaba de golpe en una niña temblorosa. Dijo que la acompañaría al metro. Ella contestó que no hacía falta y le dio un beso que a él lo tranquilizó y le hizo desistir.

—Hay veces que las mujeres esperan que salga de nosotros un gesto. Por lo general cometemos el error de fiarnos de lo que nos están diciendo cuando en el fondo sabemos que no es cierto y que lo que quieren es que las acompañemos al metro o las obliguemos a subir a casa con un par de ruegos o promesas. Yo me giré y subí a casa. Cuando abrí el balcón de mi cuarto para ventilar, ni la mujer de la peluca ni Paula estaban ya en la calle, que para

ser primavera estaba inusualmente vacía. Aunque quizá lo único que sucedía es que era martes y a esas horas solo quedábamos los cuatro golfos con suerte que no tenemos que madrugar.

—Entonces es en esto en lo que se basa para atestiguar que la señorita Paula Fidalgo asestó quince puñaladas, una de ellas mortal, a la señorita Luján Menéndez a la que no conocía de nada.

—*Oui* —de golpe se siente ridículo afirmando lo que afirma. Ni siquiera le parece ya posible que Paula, la dulce y encantadora Paula...

—¿Y de dónde sacó el cuchillo de mesa la señorita Fidalgo?

—No sé, lo cogería del restaurante, supongo.

—Pero no había huellas dactilares en el cuchillo que encontramos clavado en la señorita Menéndez, aunque sí marcas de dedos, ¿cómo explica eso?

—Paula lleva siempre unos guantes blancos de cabritilla muy fina para salir a la calle incluso en pleno verano. Cuida mucho sus manos.

—¿Ha vuelto a ver esos guantes después de la noche del asesinato?

—La verdad es que no lo sé.

—Mmmmmmm —el afable policía frunce el ceño y tuerce la boca, gesto que no hace que deje de parecer afable—. He enviado a un par de agentes a hablar con la señorita Fidalgo. Les diré que le pidan los guantes. De todas formas hay algo que no me cuadra.

—Dígame.

—En realidad son dos cosas: la primera y más importante es que, aparte de la satisfacción metafórica por llamarla de alguna manera, no entiendo qué interés puede despertar el asesinato en una señorita como Paula Fidalgo. La segunda, aunque es un tecnicismo, no deja de preocuparme: si ella comía con palillos la cena, ¿cómo es que pudo deslizar el cuchillo de usted en el bolso sin que lo percibiera?

—¿Mi cuchillo?

—Era usted el que estaba cortando un rollito de primavera, si no me equivoco, así que tuvo que ser su cuchillo el que estuviera a su alcance en la mesa.

En aquello tenía razón. Solo había un cuchillo en la mesa y era el suyo. Paula no pudo haberlo cogido sin que se diera cuenta. Y así y todo, ¿por qué aquella angustia cuando vio en el periódico a la mujer de la peluca muerta en un callejón cercano a Lavapiés? ¿Por qué relacionó de inmediato a Paula, la mujer que más feliz le había hecho nunca con aquel horrible asesinato? Era obvio que ella bromeaba en la cena, que aquello había sido una desagradable casualidad de la que él sin embargo había hecho un mundo y que le había costado agotamiento e insomnio inútil. Que Paula se le abrazara en la cama y él sintiese como una punzada en el pecho, como una taquicardia momentánea, como un revuelo interno que aca-

baba con la mirada vuelta al techo y sentir la cabecita pequeña contra su cuerpo como si su cabello estuviese hecho de espino, y sin embargo no ser capaz tampoco de rechazarla, de apartarla de sí, porque en el fondo había sentido alivio cuando vio a la Lamia (como había gustado de designarla hasta que supo su nombre, por lo de mujer y monstruo) en la fotografía de la página de sucesos, como si realmente alguien hubiese acabado así con el fantasma de Marga. Había decidido sin embargo acusar a Paula del asesinato, a pesar de que supiese después de todo que era mentira y que, aunque ella de veras hubiese empuñado el cuchillo, era él el que mataba al fantasma, era él el que dejaba a un lado su pasado para entregarse al futuro en el que Paula y la felicidad y...

—¿Ha mandado ya a alguien a casa de Paula?

—Sí, cuando usted inició su declaración hice a dos agentes acercarse, ¿por qué?

—No, por nada.

Ahora sería inútil ser libre. Paula lo odiaría después de aquello. Si era culpable no podría verla más que tras la reja y si era inocente no le perdonaría que la acusara injustamente. Bajó los ojos, terminó su café ya frío, recordó los hechos que envolvieron su primer encuentro con Paula, por si resultaba ser ese al único tesoro al que pudiera agarrarse más tarde, cuando ya no quedase nada para compartir.